

Romántica. Por Karen Daphne.

Se acercaba la noche, Javier no tardaría en llegar. Si se dignaba a venir, claro.

Me puse el strapless rojo pasión que había pagado con unos ahorros míos: pronunciado escote al frente y tajo en la falda. Un vestido de esos que, según Cecilia, provocan fantasías no bien la ven a una subir las escaleras. Y yo a Cecilia la sigo al pie de la letra. Incluso la sigo en su certeza de que Javier me está engañando con alguien del Instituto, a lo mejor una colega.

Frente al espejo, con todo eso encima, me eché a llorar como una estúpida: la mujer ante mí no era yo, de ningún modo.

—¿Por qué las cosas se dieron así, Dios mío? —dije, y me di cuenta de que ya hablaba sola y todo, como los locos.

De lo que sí estaba segura era de que me jugaba la última carta: si con un escote como ese no lograba recuperar a aquel mierda, ya no sabía qué más inventar.

Llegó a casa cuarenta minutos más tarde de la hora en que acostumbraba llegar en otros tiempos. Y, al ver el living en penumbras, lo primero que hizo después de dejar el portafolios sobre el esquinero fue decir:

—¿Otra vez se cortó la luz, Paula?

—No, corazón —me acerqué más y lo besé suavemente—. Pensé que vos y yo podríamos cenar a la luz de las velas.

—¿Por? —Javier se apartó de mí, se aflojó la corbata—. ¿Qué es hoy? ¿Olvidé alguna fecha especial?

—No, amor —dije, conteniéndome para no estrangularlo—. Quería... Bueno, quería una velada romántica.

—¿Romántica?

—Sí, como cuando éramos novios.

Me miró como si fuese una marciana. Yo misma me sentía ridícula con mi disfraz de puta.

—¿Romántica? —repitió.

—Sí, romántica: Velas, esas cosas. ¿Te acordás? No hace tanto que fuimos novios.

—Fuimos —dijo, seco.

Noté que me sudaban las palmas, algo que a él jamás le había gustado —¿a quién podría gustarle, no?—. Y lo más desesperante era su mirada, ahora hecha de pura indiferencia.

Fui a la cocina, prácticamente arrastrando los pies. Había planeado darme vuelta,irme meneando las caderas con premeditación y alevosía. Qué imbécil.

Volví con la fondue de carne y la centré en la mesa.

—La bourguignon —dije—. Igual que en Bariloche. Qué lindo.

—Sadosky me espera en el Instituto —dijo bajando los ojos—. Perdón por no haberte avisado: hay mucho trabajo pendiente. Y con esto... —señaló la caquelón de cobre—. Esto tarda mucho para ser comido.

—Y qué hago, Javier.

—¿No podés dejar la carne en la heladera? Con alguna pavada me arreglo. ¿No podés preparar alguna pavada?

Asentí, fui a la habitación... y lloré en silencio mientras me sacaba para siempre ese estúpido strapless rojo pasión con pronunciado escote al frente y tajo en la falda.

Guardé la carne y preparé la pavada. Comimos sin hablar.

Javier se cambió la camisa, se anudó de nuevo la misma corbata, agarró el portafolios y se fue.

Lavando los platos, recordé el final de aquel poema de Prévert, de la época en que nos gustaba leer poesía juntos: *Y se fue/ bajo la lluvia/ sin una palabra/ sin mirarme/ Y yo tomé/ mi rostro entre las manos/ y lloré.*

Pero el caso es que a mí ya no me quedaban lágrimas. Sola en la cama, abracé la almohada hasta quedarme dormida.

Al día siguiente, bien temprano, salí a despejarme. Aquel ni volvió, seguía “trabajando”.

Sin que lo pensara, mis pasos me llevaron a Guadalupe. Entré. Hacía mil años que no pisaba una iglesia. Cerca del altar, unas viejas murmuraban el final del rosario, y el eco de las letanías me llegaba en un susurro.

Recorrí las galerías, observando los diferentes momentos de la Pasión. Los cuadros alternaban con imágenes de santos que se me venían encima. En la nave principal, sostenida por un ángel, la virgen morena me miraba con toda ternura. Y Cristo agonizaba en la cruz detrás del púlpito.

De pronto la luz que entraba por los ventanales adquirió los colores del vitral, y así quedó iluminada por un arco iris en miniatura la estatua de otro ángel. Empuñaba una especie de bastón, y llevaba un pez de gran tamaño. En el pedestal leí SAN RAFAEL.

Nada más apropiado, me dije, para subrayar de ironía mi calvario: acababa de recordar que San Rafael —arcángel, más que ángel— es el patrono de los novios y los esposos.

Ayúdame, Arcángel Rafael, rogué mentalmente persignándome, al tiempo que me arrodillaba. Perdón, Dios mío, no es correcto oír conversaciones ajenas... pero mi esposo hablaba por teléfono con un amigo suyo. Y, por lo que contaba, me enteré de que mantiene una relación paralela. Con una tal Clementina, ¿sabés? Sí, claro que lo sabés: vos lo sabés todo. Clementina Mercury de Ferranti, así se llama. Inglesa, de Manchester. Parece inteligente. Juega al ajedrez. Y maneja varios idiomas. Ya sé: no debería ser envidiosa. Perdón, Dios mío, no hay que desearle mal a nadie. Pasa que, últimamente, a Javier lo noto distante. Cecilia dice que todos, alguna vez, somos infieles. Y me aconsejó que no lo enfrente y que además no le pierda pisada a la Clementina esa. Sí, por supuesto que yo intento reconquistar a Javier.

Pero... no es fácil. ¿Me entendés? Por favor, Rafael, ayudame. A pesar de todo, yo a Javier lo amo.

Salí de la iglesia. Luego de caminar unas cuadras ensimismada en mis pensamientos, choqué con alguien que bajaba del tranvía. “Disculpe”, dijimos al unísono, y yo me agaché para recoger sus papeles, que habían quedado desparramados por la vereda.

—¡Paula! —dijo el desconocido—. ¡Qué alegría verte!

Y ahí levanté los ojos y lo vi mejor, y descubrí que el desconocido no era tan desconocido.

—¡Martín! ¡Qué sorpresa!

—¿Cuántos años pasaron? —él terminó de juntar sus papeles y me ayudó a incorporarme—. ¿Siete?

—Ocho. No nos vemos desde la secundaria.

—¡Ocho años! Estás más alta. Y muy linda. Tengo una audiencia en veinte —dijo mirando su reloj—. Si no, te invitaba un café. Pero... ¿almorzamos juntos?

Dudé. No habíamos sido más que buenos compañeros; pero Martín, que perfilaba para abogado, siempre me había caído bien. Más que bien.

—¿Dónde nos encontramos? —dije.

Sonrió, ganador.

—En mi estudio, a partir de la una.

Y me entregó su tarjeta.

Ya en casa, mientras planchaba la pila de ropa, no podía dejar de pensar en esa maldita Clementina. Y, sin darme cuenta, me puse a hablar sola:

—¿En qué me equivoqué? ¿Por qué Javier no lo planteó, en vez de engañarme? Qué desgraciado. Mejor pienso en otra cosa... Mejor pienso en Martín. Me acuerdo de que una vez

me dio un beso. En una fiesta de egresados. Hace tanto. Ni se debe acordar. ¡Con el pedo que él tenía esa noche!

Dejé la plancha, y fui al perchero del living para buscar su tarjeta, que aún no me había atrevido a sacar de la cartera.

—¿Qué hago? ¿Suspendo el almuerzo? No. ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo almorzar con un ex compañero? Otra vez. Otra vez estoy hablando sola.

Un inconfundible olor a tela quemada me llegó del lavadero.

—¡La plancha!

Le había dejado flor de agujero en la pernera del mejor pantalón de Javier, qué estúpida.

—¿Qué estúpida? ¡Que se joda!

Después de tirar el pantalón y despejar el humo, en el dormitorio me puse una pollera de lino y una blusa floreada en tonos pasteles. Perfumé mis muñecas con unas gotas de Chanel. Busqué viejas fotos y las guardé en mi cartera.

La una en punto del mediodía. Toqué el timbre del estudio, noté que el dedo me temblaba. Martín me hizo pasar, y un leve aroma a leche logró quitarme el apetito.

—Pensé que iríamos a comer a otro lado —dije, al verlo con un delantal de chef.

—Mi hobby es la gastronomía —dijo, y se puso a acomodar platos y cubiertos sobre una mesa ratona—. ¿Te gustan los canelones de verdura con salsa blanca?

—Me encantan —mentí dejando caer mi cartera en el sofá, y recordando mi malograda bourguignon, acaso un plato más apropiado para un encuentro que se pretendía... íntimo.

Ma sí, me dije. Por ahí son todas ideas mías.

Pero no me engañaba: en el encuentro fortuito de horas antes, Martín me había mirado con ojos inconfundibles.

—Por una cuestión de costos, combiné estudio jurídico y vivienda. Por eso el cambalache.

—La mezcla resulta pintoresca —dije, señalando la raqueta junto al Código de Comercio.

Martín descorchó una botella —“Bianchi”, explicó mostrando la etiqueta, como si yo supiera de vinos—, y entre sonrisas brindamos por la amistad. Superpuesta al borde de la copa, su mirada parecía desnudarme. Ya no sonreía.

Durante el almuerzo charlamos de ex compañeros y profesores. Recordamos mil anécdotas: las guerras de tizazos, los primeros asaltos con la música de Elvis, las rateadas, el viaje de egresados.

Después de levantar la mesa, volvimos al living.

Martín puso a Sinatra en el Winco. Yo busqué las fotos que había traído.

—Y ahora —anunció yendo a la barra— el chef se transforma en barman.

—No acostumbro a tomar alcohol.

—¿En serio, Paula? ¿Nunca? ¿Nunca te emborrachaste?

—Jamás.

—Cuando el alumno está preparado —dijo, muy serio—, el maestro aparece —abrió un par de botellas con líquidos de colores, las mezcló en una coctelera, y con esa porquería llenó dos vasos bastante altos—. Probá esto —dijo alcanzándome uno.

“Probá esto” me insistía Martín una y otra vez. Y, entre fotos y recuerdos, se sucedieron los tragos: Ananá fizz, Caipirinha...

En algún momento se sumaron los mimos. Tontos al principio: sus dedos jugando con mi pelo, un roce en el antebrazo, una mano sobre mi rodilla. Luego, más audaces: sus labios en mi cuello, el roce de ambas bocas, una de sus manos subiéndome por el muslo mientras la otra me desabotonaba la blusa. Lo poco que me quedaba de conciencia intentó frenarlo. Pero venció el alcohol. Venció el fantasma de la puta Clementina.

Tengo el vago recuerdo de haber vomitado. Martín debió limpiarlo cuando me quedé dormida. Al despertar, con un terrible dolor de cabeza y pinchazos en el brazo izquierdo a causa de la mala circulación, no me animé a preguntarle hasta dónde habíamos llegado. Tampoco estoy segura de que Martín lo supiese.

Centré la pollera, me abotoné la blusa. La bota faltante la encontré debajo del sillón. Arreglé mi pelo con el peine y el espejo que suelo llevar en la cartera.

Me despedí en cuanto pude sostenerme en pie.

Apenas llegué a casa me bañé dos veces, refregándome con la esponja y el jabón hasta sacarme ronchas: ¡el alma quería limpiar!

Sequé mi cuerpo... y también mis lágrimas.

Me vestí rápido. Puse a lavar la ropa impregnada de vómito y alcohol.

Javier, cuando menos lo esperaba y menos lo necesitaba, regresó a casa temprano.

—Hola, amor —dijo el muy hipócrita entregándome una rosa—. Traje un Chandon para feste...

—¿Festejar? —lo interrumpí—. Festejar qué.

—Te vas a enterar —dijo con tono de misterio, y miró su reloj—. Te vas a enterar en unos minutos.

Descorchó el champagne y sirvió dos copas. Encendió el Philco y giró la perilla hasta sintonizar las noticias del canal siete.

—Paula —llamó desde el sillón—. ¡Dale, que viene Manuel!

Las descoloridas imágenes mostraban a un señor con cara de científico, a quien no tardé en reconocer: se trataba de Sadosky, Manuel Sadosky. El jefe de mi marido. Ante un grupo de colegas y enfrentándose a una legión de periodistas, anunció que el país ya contaba con su primera computadora: una Mercury, de la marca Ferranti.

—Cuando se enciende —explicó ante las cámaras—, sus cinco mil válvulas la hacen emitir un pitido que nos recuerda a una famosa canción inglesa. Por eso la llamamos...

—Clementina —murmuré a la par. Y me ahogué entre risas y lágrimas.

—Amor —Javier me abrazó, y lo último que le oí antes de caer desvanecida fue: “¡Te emocionaste!”.

Horas después, ya de madrugada, un Citroën marchaba por las desiertas calles de Vicente López. Al doblar en una esquina, aminoró. Pronto estacionó frente a un chalet con jardín al frente.

Del Citroën se bajó un hombre joven. Tocó timbre y esperó.

No bien se abrió la puerta, una mujer en déshabillé le dio un beso en la boca.

—¿Todo bien? —dijo la mujer.

—Sí, mi amor —Javier atrajo a Cecilia contra sí—. Y pensar —dijo— que Clementina empezó a trabajar aun antes de haber sido encendida...

Karen Daphne.